Lampe, Peter, *Los primeros cristianos en Roma. De Pablo a Valentín*. Sígueme, Salamanca, 2023, 606 pp., ISBN: 978-84-301-2150-2.

Fernando Bermejo-Rubio[1]
DOI: https://doi.org/10.5944/etfii.39.2026.49529

Los estudiosos del cristianismo antiguo saben que la monografía de Peter Lampe, publicada originalmente en alemán, *Die stadtrömischen Christen in Rom in den ersten beiden Jahrhunderten: Untersuchungen zur Sozialgeschichte* (1ª ed., 1987; 2ª ed., 1989) y en 2003 en inglés en una edición ampliada con el título *From Paul to Valentinus. Christians at Rome during the First Two Centuries*, ha alcanzado ya el estatuto de un clásico, dada la riqueza y variedad de información detallada compilada por el autor, así como su cuidado a la hora de evaluarla. El origen de este libro, que se centra en la historia de las comunidades cristianas en la Urbe desde sus comienzos hasta finales del siglo II, es una tesis doctoral presentada en la Universidad de Berna en 1983 bajo la dirección de Ulrich Luz. El acierto de publicar en traducción (de Pablo A. Molina) la edición inglesa —además del Apéndice 5 del original alemán, traducción debida a José Manuel Lozano Gotor—, corresponde a la editorial Sígueme, cuya extensa colección de Estudios Bíblicos es bien conocida y justamente respetada.

Lampe presenta con acuidad las fuentes primarias, los datos arqueológicos y los testimonios epigráficos y reconstruye un cristianismo romano caracterizado por ser un fenómeno socialmente diverso y teológicamente variado, que no llega a adquirir cierta uniformidad hasta finales del siglo II. El resultado es una historia social del cristianismo romano que, además, ha servido de base para la aparición de otras historias de comunidades cristianas en otros lugares del Imperio.

El libro se divide en seis partes, de muy desigual extensión. La primera, introductoria, explica la llegada del cristianismo a Roma, desde oriente, a través de Puteoli/Pozzuoli, y el hecho de que los cristianismos emergentes se separaron de su matriz judía como consecuencia del «edicto de Claudio», al que se refieren el libro de los Hechos de los Apóstoles, Suetonio, Dion Casio y Orosio. En la medida en que el cristianismo romano se desarrolló a partir de la comunidad judía de Roma, esa comunidad no fue particularmente paulina en su orientación.

La Parte II, bastante más extensa, se refiere a cuestiones topográficas y demográficas, respondiendo a dos cuestiones básicas: en qué barrios de la ciudad se concentraba la población cristiana y cuáles eran los estratos sociales predominantes

1. Universidad Nacional de Educación a Distancia. C.e.: *fbermejo@geo.uned.es*

en tales barrios. A partir de tradiciones locales, lugares de enterramiento cristianos, vecindarios judíos, concentraciones de iglesias y referencias literarias a presencia cristiana, puede determinarse que el cristianismo arraigó y se expandió de forma predominante entre la población pobre urbana que habitaba sobre todo en dos zonas, a lo largo del Tíber en el Trastévere y al sur, a lo largo de la Via Appia y la Via Latina. A esta base demográfica hay que añadir también algunas personas de un estatus social algo más elevado, procedentes de otras áreas, como el Aventino y el Campus Martius.

A pesar de proceder casi enteramente de los niveles económicos y sociales más humildes, la existencia de estratificación social es atestiguada por la disputa por el uso correcto de las riquezas en *El Pastor* de Hermas, así como por testimonios sobre cristianos de estatus algo más elevado que se incorporaron a la comunidad en la segunda mitad del siglo II, lo que muestran las mujeres que desempeñaron papeles importantes de patronazgo. Con el tiempo, el número y proporción de individuos de mayor estatus se incrementó, de modo que en las últimas décadas del siglo II las comunidades romanas podían contribuir con generosidad a las necesidades de iglesias en otros lugares. El caso de *El Pastor* de Hermas ilustra bien el uso de las fuentes por parte de Lampe, en la medida en que considera que más importante que las cualidades literarias de la obra es el drama social reflejado en el documento, del que se infiere que algunos cristianos eran esclavos y libertos, mientras que otros poseían esclavos, de modo que el escrito argumenta que los estratos favorecidos tienen una responsabilidad mayor respecto a los menos afortunados.

La Parte III («Primera sección diacrónica») aporta información general sobre el cristianismo en la ciudad de Roma. En ella se analizan escritos que van desde la carta de Pablo a los romanos y Hechos 28,30-31 hasta obras de mediados del siglo II, como las de Justino, que testimonian la presencia de cristianos en la Urbe. Todos los capítulos de esta sección ponen de relieve que un amplio sector de la comunidad cristiana provenía de los estratos inferiores de la escala social, como lo corrobora el *Octavio* de Minucio Félix (*plerique pauperes*), lo cual por otra parte es de esperar, pues la abundancia de personas pobres era un fenómeno de la sociedad romana en su conjunto. Sobre el número de cristianos romanos, solo puede decirse que, según Ireneo, a mediados del s. II la comunidad cristiana de Roma era la más grande de todo el Imperio, pero sobre la cifra solo es posible especular. Más seguro es que la lengua principal del cristianismo romano era el griego, indicio de que la mayoría de los cristianos de la capital eran extranjeros (algo, de nuevo, típico de los inmigrantes en Roma); no es hasta mediados del s. III cuando el latín pasa a ser la lengua dominante, y solo en Novaciano se encuentra al primer autor latino de importancia. Respecto al papel de las mujeres, aunque el cristianismo encontró una buena recepción principalmente entre ellas, y aunque la proporción de mujeres cristianas en relación con el número de varones aumentaba a medida que la escala social era muy elevada, apenas

ESPACIO, TIEMPO Y FORMA SERIE II · HISTORIA ANTIGUA
39 · 2026 · PP. 243–247 ISSN 1130-1082 · E-ISSN 2340-1370 UNED

aparecen mujeres ejerciendo funciones de liderazgo, y ello sucede más bien en círculos considerados heterodoxos; de hecho, *1 Clemente* exhorta a las mujeres al silencio y enfatiza su subordinación, delimitando su área de influencia dentro de los confines de las actividades hogareñas. La penetración del cristianismo en los círculos aristocráticos fue lenta, pues en el siglo III puede identificarse como máximo a treinta y dos personas de rango senatorial, una cantidad insignificante si se tiene en cuenta que al menos 15.000 personas pertenecieron a la clase senatorial durante ese período; de hecho, como observa Lampe, solo a partir del s. V puede hablarse de una extensa cristianización de la aristocracia romana.

La Parte IV («Segunda sección diacrónica») constituye una investigación prosopográfica sobre los personajes y los grupos y movimientos detectados en los textos. Las secciones más extensas están dedicadas al autor de *El Pastor* de Hermas, Marción, Justino y los valentinianos, una enumeración que permite apreciar ya la amplia diversidad de posiciones teológicas en el seno del cristianismo romano. El análisis muestra que el número de miembros cristianos de la *familia Caesaris* va paulatinamente en aumento a partir del reinado de Cómodo. Este capítulo hace patente que la actividad educativa cristiana tenía lugar en tres niveles: en casa, los padres instruían a sus hijos en el cristianismo (y cuando los padres fallecían, en la primera mitad del siglo II se confió a una mujer, de nombre Grapte, la instrucción de mujeres viudas y niños huérfanos en la fe); en un segundo nivel, estaba la instrucción de los catecúmenos, impartida por los presbíteros; en el tercer y más alto nivel estaban las charlas académicas de maestros independientes y teólogos cristianos, como Justino y Valentín.

La Parte V («El fraccionamiento del cristianismo romano») recupera los hallazgos de la Parte II, donde se argumenta que el cristianismo romano se extendía por diversas partes de la ciudad, así como los de la Parte IV, acerca de las diferentes colectividades y grupúsculos cristianos de Roma. Lampe concluye que con anterioridad al período constantiniano no hubo una única iglesia cristiana en Roma, sino más bien un número de diferentes grupos de cristianos, los cuales, para afianzar la fraternidad y la comunión, intercambiaban, a través de mensajeros, porciones de la hostia eucarística (y no sololas llevaban, parece, a enfermos o a individuos incapacitados). Esta diversificación implica que durante mucho tiempo no hubo una posición teológica consistente entre las distintas comunidades cristianas en Roma, así como tampoco un único obispo de Roma. Ni la ortodoxia romana ni un episcopado monárquico existieron en los primeros dos siglos. Este fraccionamiento parece haber favorecido no solo el pluralismo teológico, sino también una actitud tolerante hacia las personas que tenían otras opiniones teológicas. Aparte de ciertas excepciones, antes de finales del s. II —época del episcopado de Víctor (ca. 189-199 e.c.)— casi ningún grupo cristiano en Roma excluyó de la comunión de los fieles a otro grupo de la ciudad.

La Parte VI («Observaciones finales») plantea algunas consideraciones e interrogantes a futuros investigadores, alertando del riesgo que conllevaría efectuar

generalizaciones prematuras sobre lo averiguado en este estudio acerca de Roma. Así, por ejemplo, en Roma no había senadores decuriones, que desempeñaban un papel clave en las provincias y que en cierta medida se fueron cristianizando. La proporción entre oriundos e inmigrantes en el cristianismo romano —que, como se ha visto, pesaba en favor de los segundos— puede haber diferido sustancialmente respecto a la observada en otras ciudades. La diversidad de nacionalidades entre la población inmigrante era seguramente mayor en Roma que en otras ciudades, pues la urbe recibía inmigración de todas las regiones del Imperio. La capital era, con mucho, la ciudad más populosa del Imperio, de modo que el fraccionamiento del cristianismo en ella, así como el retraso observado en el desarrollo de un episcopado monárquico, son fenómenos que parecen estar relacionados con el gran tamaño de la ciudad; en lugares más pequeños es posible, e incluso probable, que la situación no fuese comparable.

El libro cuenta con cinco apéndices, que versan respectivamente sobre los discípulos de Marción (Apeles, Lucano…), la educación de Justino —que pone de relieve su conocimiento de las tradiciones platónicas, aristotélicas, estoicas y epicúreas—, la educación de Taciano, el fraccionamiento de la comunidad judía en Roma —en el que se hace referencia a catorce congregaciones distintas, testimoniadas por el registro epigráfico y que sirve de telón de fondo al propio fraccionamiento del cristianismo romano— y la historia textual de la Carta a los romanos. La obra se completa con una lista de abreviaturas, 15 mapas, planos y diagramas, así como con varios índices: de textos antiguos, de nombres de cristianos en Roma, otra más general de nombres y, finalmente, de materias.

Uno de los aspectos interesantes del *magnum opus* de Lampe estriba en su intento de conectar sistemas de creencias con la experiencia social. Así, por ejemplo, en el caso de Marción, Lampe se pregunta por qué un nauclero o armador de barcos mercantes habría desarrollado un sistema teológico de un signo anticósmico. El autor sugiere que esa teología es una proyección mítica de la experiencia de los naucleros en época de guerra bajo Trajano: el dios guerrero de la Biblia hebrea sería la contraparte cósmica de un emperador militarista. La asociación de Marción del demiurgo malvado con el orden imperial podría haber surgido de una experiencia de primera mano de las injusticias del Imperio romano: como nauclero, Marción habría estado obligado a permitir el uso de sus barcos para transportar alimentos y otros productos en apoyo de las empresas militares de Trajano; para el pensador cristiano, el dios caprichoso de la Biblia hebrea encuentra un igual terreno en el emperador nombrado por aquel para dominar las naciones. Si bien esta hipótesis parece enfrentarse a una dificultad cronológica —según Tertuliano, Marción vivió durante el reinado de Antonino Pío, mientras que según Clemente de Alejandría ya había hecho su aparición bajo Adriano, por lo que afirmar, como hace el autor, que «la etapa embrionaria de la doctrina marcionita se remonta a la época de Trajano» (p. 296) resulta un tanto arriesgado—, si esta pudiera sortearse la explicación podría resultar iluminadora. En cualquier caso, Lampe tiene buen

cuidado de afirmar, en sus Observaciones finales, que no es su intención reducir las ideas teológicas a simples «proyecciones» de la realidad social.

La monografía de Peter Lampe es valiosa no solo por lo que aporta sino también porque contribuye a desmontar un conocido mito de los orígenes de la tradición eclesiástica en relación al cristianismo romano, a saber, la existencia de un episcopado monárquico temprano. De hecho, algunos teólogos católicos han pretendido corregir la perspectiva de Lampe arguyendo que la existencia de ese episcopado monárquico puede ser datada con anterioridad. Así, por ejemplo, Mark Reasoner —en «A Traditional Response to Peter Lampe's Picture of Christians in Rome», publicado en James R. Harrison y L. L. Welborn (eds.), *The First Urban Churches 6: Rome and Ostia*, SBL Press, Atlanta, 2021— ha utilizado el argumento de que el obispo Víctor esgrimió la excomunión con las iglesias de Asia como una potente amenaza, cosa que no habría podido hacer si no hubiera gozado de la autoridad suficiente. Ahora bien, lo que no se menciona es que ese escrito amenazante por parte de Víctor encontró un firme rechazo por parte de obispos de otras ciudades, incluyendo a Ireneo (cf. Eusebio, *Hist. eccl.* V 24, 10). Estas resistencias indican que Víctor, en tanto que obispo de Roma, no tenía autoridad sobre otros obispos. No existen testimonios de un obispo monárquico romano antes de la segunda mitad del siglo II, a partir del cual ese cargo se desarrolló de modo gradual.